

ALFONSO CALDERÓN

# Memoria rapsódica

Cinco cuadernos de poesía, escritos como diarios íntimos, dan cuenta de paisajes de Chile, del hombre enfrentado al vacío y a la muerte, así como del eterno retorno a las figuras congeladas en la memoria.

JESSICA ATAL

Leer la poesía de Alfonso Calderón es como zambullirse en varios baúles a la vez: uno lleno de letras clásicas y de la literatura de todos los autores que alguna vez hemos querido leer; otro lleno de vívidos recuerdos a partir de su mítica infancia; y un último baúl desde donde germinan imágenes como por encanto, donde confluye todo lo posible y lo imposible a partir de la fe en lo que termina siendo para él, así como lo fuera para Rimbaud, "el único infinito posible y real": el poema.

En esta colección de cuadernos poéticos, el Premio Nacional de Literatura 1998 exhibe, a modo de diarios y notas, "toda la joyería de la lengua" como una "delicada tela del relato oral" transformada en poemas, tejida a partir de la idea original de un "libro-catedral" que resume, en sus característicos versos breves, la odisea de su vida.

Desde un viaje a los orígenes, su mirada panteísta sacraliza la Creación —en este caso, el paisaje chileno, desde mares y roqueríos de Punta Arenas hasta las quietas playas nortinas— con pinceladas de belleza en lenguaje simple y armonioso. Nunca dejando de cavar "en el frío profundo de la memoria", Alfonso Calderón recrea espacios a partir del tremendo legado de historias mitológicas, leyendas, autores, libros, música, cine y tantos otros elementos que conforman sus "mapas del mundo"; saltos, vuelos, tintes, matices y formas que va adquiriendo su impulsiva pluma.

Su temple de ánimo, siempre inquieto, va "desordenando olas" por mares que conoce y por los que le quedan por descubrir. Si bien es poesía básicamente optimista, notamos la agudeza del motivo de la muerte traspasando el grueso de la obra concentrada en estos cuadernos.



Consciente de encontrarse ya en los descuentos finales de la vida material, Calderón intenta escribir algo así como una autobiografía, develar ese Yo que, para sorpresa de sí mismo y del lector, no sabe a ciencia cierta, qué o quién es. Si amigo o enemigo; si alguien que tiene que ver con el presente o algo que sólo vivió en el pasado. En este sentido, se presenta el pequeño filósofo rondando al escritor, bus-

cando "ser, ser, ser".

A ratos, se transforma en una tarea dura y triste. Calderón, como mirándose a un espejo, se enfrenta a la solitaria labor del escritor, nada más que a la página en blanco. Sin embargo, esto no es como parece: porque en este caso, el escritor, mientras escribe, está en un permanente diálogo: consigo mismo, con el ser amado, con la Naturaleza y su entorno, con sus recuerdos, en fin, con el

Universo entero.

Aunque comience como un juego de hacer y deshacer sin objetivo explícito, la poesía de Alfonso Calderón está siempre dirigida a Otro y se cierra casi generalmente en la amada. También aparece otro protagonista importante: un Dios que si bien anteriormente no ha estado muy presente, en estos cinco cuadernos lo encontramos siendo inspiración de verdaderos poemas místicos, credos y oraciones.

Todo se explica muy bien, si pensamos que estamos ante una voz poética obsesionada con la cercanía de la muerte. El "qué se hizo" de Jorge Manrique marca la tónica. La escritura de Calderón es un ajuste de cuentas con el mundo del "era". Su lápiz agitado en el escritorio es víctima de la búsqueda persoana del ser en constante observación de sí mismo; del juego entre el Yo y el Otro; la confusión entre un único real y otros innumerables ficticios; y el examen de conciencia final: "Me convertí en un balance en contra de mí". La mente inquieta, yendo de un lado para otro, le da también libertad al lector para leer estos cuadernos sin orden previo. Todos se caracterizan por su palabra desbordante, por esa memoria prodigiosa de Calderón que nos transporta al pasado y recrea momentos, personajes y melodías como si las estuviera escuchando hoy. Como dice Walter Benjamin, en estos cuadernos el recuerdo no avanza como si fuera un relato, sino que se despliega de un modo épico y rapsódico.

Ciertamente, el ejercicio de la poesía está lleno de olores, gestos y sonidos. Y si bien es difícil no encontrarse con la cuota de melancolía inherente a la historia de cada uno, Calderón retorna siempre a exaltar la vida, a admirar paisajes y espacios cuando el mundo se torna hermoso "como una página de libro".

Podríamos afirmar que para Calderón, como escuché decir a Volodia Teitelboim recientemente, el mejor amigo del hombre no es el perro; es el libro.



Si bien la poesía de Calderón es optimista, se percibe la agudeza del motivo de la muerte traspasando el grueso de la obra concentrada en estos cuadernos.